

# NUEVAS TENDENCIAS.



Universidad  
de Navarra



EMPRESA Y  
HUMANISMO

#98  
JULIO 2017



## Deconstruyendo el populismo del siglo XXI

EN UNA ERA EN LA QUE ALGUNOS PARTIDOS POPULISTAS HAN COMENZADO A ACCEDER AL PODER, MULTITUD DE AUTORES INTENTAN DEFINIR QUÉ ES EXACTAMENTE EL POPULISMO

RAFFAELLA BREEZE

## ACTUALIDAD DEL HAYEK OLVIDADO

ALEX CHAFUEN

## DISTOPIÁS Y UTOPIÁS EN EL NUEVO SIGLO

JAVIER DE NAVASCUÉS

## TERESA DORN: TRABAJO Y SERENDIPIA

BEATRIZ GÓMEZ Y NATALIA RODRÍGUEZ SALCEDO

## ¿UN CAPITALISMO CATÓLICO?

MIGUEL ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA ORTEGA

**C**alificado como una ‘patología de la democracia’ o ‘un estilo paranoico de política’ en palabras de Richard Hofstadter, el populismo ha existido desde el siglo XIX, cuando los partidos populistas agrarios aparecieron en Alemania y Estados Unidos. Pero una reciente ola populista ha surgido en Europa y Estados Unidos y el término está (de nuevo) en auge en el mundo occidental. La cobertura mediática de la reciente victoria de Donald Trump atestigua este hecho: ‘EE.UU. cae en manos del populismo agresivo de Trump’, titulaba el diario *El País* el día después de su victoria. En Europa, han sido partidos como el Frente Nacional de Marine Le Pen o Podemos en España los que han acaparado el adjetivo en la prensa. El voto a favor del Brexit en junio de 2016 fue resumido en el *New York Times* con la siguiente frase: “La furia populista contra el orden político establecido ha colmado, por fin, el vaso”, ejemplo de cómo el término se usa en referencia a partidos y corrientes de todo tipo.

Hablar de “populismo” está de moda actualmente. Pero, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de populismo? El debate en torno a su significado, existente desde el nacimiento del término, como señala Robert Miller (1993), goza en el mundo académico casi de la misma popularidad que el uso de la palabra en los medios. De hecho, indica Moffitt basándose en autores de reconocida autoridad en este campo (Ionescu y Gellner; Laclau; Taggart), reconocer la controvertida naturaleza del populismo es un rasgo axiomático de los estudios sobre el tema. Sin embargo, resulta sorprendente que los esfuerzos académicos por integrar la variedad de concepciones del populismo y de sus diferentes significados sean relativamente recientes (Taggart,



LA REPRESENTACIÓN DE LA GENTE EN CONTRASTE CON UNA ‘ÉLITE’ ESTÁ AMPLIAMENTE BASADA EN EL CONCEPTO DE ‘PUEBLO’

**El populismo, a pesar de ser un fenómeno centenario, es producto de nuestros tiempos, especialmente en las formas**

Mudde, Moffitt) y daten del último par de décadas.

Los intentos por definir el populismo desde los partidos así denominados chocan, a menudo, con la variedad de ideas políticas que representan. Las propuestas políticas antimigratorias de Le Pen en Francia, por ejemplo, contrastan de forma radical con las posiciones defendidas por Podemos, definitivamente anti-xenófobo. “No sobran inmigrantes, sobra casta política” es una cita representativa de la política del partido ‘populista’ español. Por otro lado, los subsidios sociales fomentados por Chávez en Venezuela están en las antípodas de la supresión del *Obamacare* por Trump en

EE.UU. Tampoco en el papel del Estado o en la visión económica queda claro lo que podría ser contenido específico de un enfoque “populista”. Entonces, ¿qué une a todos los partidos populistas que en los últimos años han comenzado a cosechar un inesperado éxito político?

**E**l pasado mes de noviembre, el Proyecto GradUN, del Instituto de Cultura y Sociedad de la Universidad de Navarra, acogió una jornada en torno al populismo y su auge actual con el fin de dar respuesta a esa pregunta y de debatir sobre las causas y consecuencias de sus éxitos. El evento partía del reconocimiento del enorme impacto que el





fenómeno populista está teniendo en la política y en la sociedad. En palabras de Timbro, un *think-tank* sueco, la llegada del populismo de este milenio supone “una ola que constituye el mayor cambio en el paisaje político europeo desde la caída del muro de Berlín. Para el sistema político de Europa occidental, este es el mayor cambio desde la llegada de la democracia”.

**U**no de los ponentes de la Jornada fue Benjamin Moffitt, autor de *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation* (2016). Moffitt ofrece una definición del populismo basada en el ‘cómo’, en las características del funcionamiento de estos grupos: el populismo, en su visión, se define como una manera de hacer política y contrasta con otras definiciones que centran su atención, como bien apuntan autores como Kurt Weyland, en los términos políticos, económicos, sociales o meramente discursivos del populismo, o, como señala el propio Moffitt, en su intento de delimitar el populismo como una ideología, una lógica, un discurso o una forma de organización.

Moffitt argumenta que es difícil delimitar el término populismo desde el punto de vista de la ideología. De hecho, autores cada vez más variados plantean que la definición del populismo se basa precisamente en una ausencia de contenidos concretos: evoca unas emociones y unas ideas esperanzadoras, pero poco claras. A menudo se basa en proyectos políticos escasamente definidos y, como ideología en sí, goza de una sorprendente falta de seguidores: como bien apunta Moffitt, pocos ciudadanos se definirían como ‘populistas’. Al contrario que ideologías como el feminismo, por ejemplo, no hay movimientos ni agrupaciones que digan aunar

a los ‘populistas’ del mundo. Esta falta de definición del populismo es, según algunos autores (Laclau), un elemento fuertemente identificador del movimiento: es, en sí, la ideología de la democracia. Al entender el populismo como un movimiento sin ideología, o con una ideología poco definida, los intentos por agrupar la variedad de partidos son más fáciles y dan pie a definiciones basadas en las formas.

**U**na manera más convincente de entender el populismo se configura en torno a la idea de la política como forma: los partidos populistas lo son porque actúan de una determinada manera y se presentan ante el público con una determinada imagen. Para comprender esta posición defendida por Moffitt es necesario entender el ‘cómo’ de estos partidos políticos, más allá de una cuestión meramente de estilo: a menudo el ‘cómo’, su manera de actuar, es reflejo de objetivos políticos, estructuras y orígenes. La definición de Moffitt pone además en evidencia que el populismo, a pesar de ser un fenómeno centenario, es producto de nuestros tiempos, especialmente en las formas, que parecen haber ganado tracción y sustento en elementos e innovaciones propias del siglo XXI.

#### PARA ENTENDER EL POPULISMO

**M**offitt establece su concepto de populismo a partir del análisis de la actuación de los partidos identificados como populistas en los cinco continentes. Muy centrados en una imagen política que está en consonancia con una era en la que los nuevos medios y la comunicación se basan en la imagen y el atractivo visual, los partidos definidos como populistas comparten un formato de auto-presentación, un lenguaje y un discurso con un diseño definido.

La definición de populismo se basa de este modo en cómo estos partidos se presentan y cómo actúan en consonancia con esa imagen: la existencia de un líder fuerte, referencias a una crisis que otorga una sensación de urgencia y de necesidad de un cambio, presentación de un enfrentamiento dicotómico con un enemigo a batir, y la preferencia por nuevos medios y modos alternativos de comunicación. Esos son los rasgos definitorios del populismo actual y muchos de ellos explican por qué ha surgido con fuerza renovada en los años posteriores a la crisis económica: las características de los medios de comunicación, por ejemplo, o la crisis misma, han proporcionado a este movimiento político un escenario ideal para hacer surgir y atraer votantes. Sin embargo, al mismo tiempo muchas de las características de este populismo suponen una limitación para su desarrollo, como veremos más adelante, ya que implica que no pueda tener vida mucho más allá de su realidad como un movimiento de protesta: una vez llega al poder, su capacidad de ser una opción anti-política pierde fuerza, y con ello, su peligro (o beneficio) para la democracia empieza a menguar.

#### ‘LA ANTI-CASTA’

**U**no de los factores más importantes del surgimiento de los modernos populismos es su aparición como contramovimientos: los partidos políticos populistas se presentan como respuesta, como solución a una serie de males, comúnmente encarnados por una ‘élite’ o enemigo. En el caso español, representado por Podemos, el epítome de todos los males está representado por ‘la casta’, término tomado de Beppe Grillo y su movimiento Cinque Stelle. El contrapeso que los partidos populistas dicen represen-

tar es el de ‘la gente’, ‘el pueblo’: un concepto elusivo y difícil de definir, pero en ningún sentido nuevo. La idea de representar al pueblo existe al menos desde las referencias a la *volonté générale* de Jean-Jacques Rousseau. De hecho, los escritos del pensador galo han servido para más de una comparación con el populismo actual, como señala Moffitt en su libro: el deseo rousseauiano de alcanzar un sistema de representación para *el pueblo* y su desdén por las élites presentan paralelos con partidos populistas actuales.

**E**sta representación de la gente en contraste con una ‘élite’ está ampliamente basada en el concepto de ‘pueblo’: ‘the American people’ de Donald Trump, ‘la gente corriente, de los barrios y pueblos’ de Podemos, ‘le peuple français’ de Marine Le Pen, o incluso ‘das deutsche Volk’, término prácticamente proscrito durante la posguerra, pero reanimado en los últimos años por los partidarios de Alternative für Deutschland. Hay variedad de autores que han analizado el uso del término en el ámbito de muchos partidos políticos. Presentado a veces como la *volonté générale*, el concepto en sí, argumenta Moffitt, no existe: no puede “presentarse por sí mismo” como tal, pese a ser un concepto atractivo y de fuertes connotaciones democráticas. Ese concepto de ‘pueblo’, además de ser poco específico, se presenta como idealizado a través de una ‘patria’ que es excluyente y que necesariamente deja fuera a un segmento de personas, en esa visión dicotómica que tanto caracteriza al populismo.

La dualidad ‘nosotros’ contra ‘ellos’ define al populismo y es referencia constante en su discurso político. Se definen como la ‘verdadera esencia’, la ‘heartland’ o verdadero corazón de un país o pueblo. Pero cabe

|||||||

**El líder populista tiene que ser, de un modo particular, atractivo para el votante; ha de ser corriente, cercano**

■■■■■

destacar en este punto que existen divisiones dentro del populismo, ya que la referencia a los ‘otros’ puede realizarse en relación con diferentes grupos. El ‘enemigo’ a batir varía: desde los ‘otros’ como inmigrantes, musulmanes u otros grupos étnicos; a los ‘otros’ como la élite, la casta, el régimen del 78 (caso de España); a ‘los otros’ como los burocratas de la Unión Europea, como es el caso de Ukip en Reino Unido. Esta división dentro del populismo apunta a la variedad de espectros políticos que puede asumir, pero la idea de fondo es la misma: nacen y se desarrollan frente a un enemigo. Esa dicotomía que presenta el populismo suele justificar (o es parte de) el discurso y de la urgencia de actuación que requiere que haya un enemigo al que hay que vencer. El discurso agresivo (aquel “yo no eché cal viva al PSOE, cal viva es lo que echaron ellos a Lasa y Zabala”, de Pablo Iglesias en el Congreso de los Diputados) está justificado dentro de esta representación, y no se limita a la lucha contra una élite gobernante o una clase política. Como bien apunta Cas Mudde, este discurso de polarización termina por dividir: todo aquel que no apoye la causa populista es parte de la ‘casta’. No es posible simplemente no ser populista; más bien, todo aquel que no es populista es necesariamente anti-populista y, por ende, parte del enemigo que hay que batir. Ya lo decía Hugo Chávez en 1998, “estamos en tiempos del apocalipsis. No puedes estar por más tiempo del lado del diablo y del lado de Dios”.

Dentro de esa crítica de la casta se presta especial atención a los tecnócratas, ‘los expertos’ de los que supuestamente estaban hartos los votantes del Brexit. Moffitt explica cómo el populismo se sitúa en un extremo del espectro político; en el lado opuesto están los tecnócratas,

que a menudo son el centro de su crítica. Este rechazo no es novedad, ya que lo mencionaba a menudo Rousseau, como puso de relieve Mary Ann Glendon hace algunos años.

## EL PERSONALISMO

**L**a representación del “pueblo” también tiene consecuencias desde el punto de vista de la forma en la que estos partidos muestran a sus líderes. Si durante la década de 1990 y el comienzo del siglo XXI se extendió por Europa el modelo americano, centrado en candidatos y no en siglas de partidos, de cuidada imagen política y personal, como señala Brian Arbour, la llegada del populismo supone una ampliación de esta imagen de ‘cercanía’ de sus representantes políticos. Esta estrategia electoral no es un concepto nuevo en la política occidental: la prevalencia de los candidatos por encima de las siglas de partido ha sido ampliamente estudiada por autores como Wattenberg o Arbour. Con el populismo, sin embargo, esta personalización y concentración en la figura de un líder se potencia. No todos los movimientos populistas se construyen en torno a un líder carismático, pero basta observar a los líderes populistas europeos como Nigel Farage, Pablo Iglesias o Geert Wilders para entender la preferencia populista por los líderes fuertes. Su acusada presencia, además, a menudo dificulta su sucesión en el partido, como ocurre con Nigel Farage en Ukip.

Moffitt explica la relación entre el mensaje claro y simplista del partido populista y su opción por liderazgos fuertes y carismáticos: es más fácil, asegura, que “las demandas o mensajes de un movimiento populista encuentren unidad, representación y voz en una figura fuerte”. Esta capacidad de una sola persona



para representar al partido impone una cuidada imagen política. Gran parte de esta imagen requiere una ‘conexión’ con el pueblo. El líder populista tiene que ser, de un modo particular, atractivo para el votante; ha de ser corriente, cercano. La forma en la que se logra esto es repitiendo el mensaje de lo que quiere “la gente normal” a través de un lenguaje directo, incluso ofensivo – como muestra el ejemplo de Donald Trump –, que recalca la diferencia con el resto de los políticos ‘de carrera’ o profesionales. Este lenguaje pretende ser una continuación y una confirmación de todo aquello que hace que los populistas sean diferentes. Si sus políticas, ideologías y contenidos reclaman ser distintos de la política convencional, su discurso y sus formas deben serlo también.

### EL MOMENTO ES AHORA

**E**n su ataque contra la ‘casta política’ o ‘los otros’, los partidos populistas apelan a la urgencia en su discurso. Hay que vencer al ‘otro’ y hay que hacerlo *ahora*. En lo que Moffitt denomina la ‘crisis perpetua’, un marco de urgencia y necesidad sustenta la fuerza de su mensaje político y legitima una simplificación de sus soluciones ante los problemas acuciantes que acechan a la sociedad. Es el momento de ‘tomar el cielo por asalto’, de Podemos; de ‘tomar el control’ de nuevo (lema de la campaña del Brexit); y en el caso de Trump, de ‘hacer a América grande de nuevo’. En esta utilización de la urgencia el discurso del miedo es vital y los partidos políticos aprovechan soluciones políticas a corto plazo para presentar una respuesta simple a los problemas de la sociedad. Este simplismo supone un contrapunto vital al constante discurso sobre la crisis: las soluciones a largo plazo no tendrían el mismo atractivo

político para resolver un problema que necesita el arreglo urgente que proponen los populistas.

En este último punto los populistas contrastan con la élite a la que atacan. Los partidos tradicionales, más tecnócratas, basan sus políticas no en la urgencia ni en soluciones fáciles, sino en presentarse como líderes experimentados, capaces de proporcionar estabilidad. Los populistas, sin embargo, hacen uso de la crisis, la mediatizan y la utilizan en su favor. Como bien apunta Moffitt, el fracaso de las instituciones no tiene que llevar necesariamente a una crisis; para que esto ocurra, alguien tiene que interpretar los hechos que han ocurrido. Una crisis sólo lo es cuando la gente la percibe como tal. De ahí la variedad de ‘crisis’ que los partidos populistas son capaces de identificar para justificar su propia existencia. Puede haber una crisis poblacional, económica, política o de valores; solo hace falta que un grupo identifique un problema y lo presente al público como una catástrofe, ganando así apoyos para fomentar la solidaridad entre los colectivos supuestamente afectados, y para incitarles a adoptar posturas extremas.

### EL POPULISMO Y LOS MEDIOS

**L**a relación de los partidos populistas con la prensa es, a menudo, de amor-odio. Como bien apunta Moffitt, el éxito de muchos partidos populistas, entre ellos la reciente victoria de Donald Trump, debe mucho a un desmesurado interés de los medios por este tipo de partidos y el consiguiente aumento de cobertura. Los populistas (su estilo combativo, sus exageraciones, su *performance* en general) son tremendamente mediáticos. Un hecho ineludible es que el escenario mediático y los nuevos medios han favorecido las formas y el mensaje

Autores cada vez más variados plantean que la definición del populismo se basa precisamente en una ausencia de contenidos concretos: evoca unas emociones y unas ideas esperanzadoras, pero poco claras

de los partidos populistas: su estilo agresivo y provocador atrae titulares, al tiempo que la aparición en las redes sociales favorece su imagen anti-sistema y sus intentos de parecer cercanos al pueblo. En este sentido, el uso de internet es uno de los aspectos donde los partidos populistas han tomado el control.

Internet, un medio barato, democrático y sin el control de veto de los medios tradicionales supone un escenario al que este tipo de partidos, con su estilo discursivo informal, cercano e inmediato, se adapta a la perfección. Sin embargo, la relación entre los populistas y los medios más tradicionales no suele ser positiva. A menudo, la prensa o televisión convencional es el foco de los ataques de estos partidos (véase el ejemplo de Trump y sus ataques contra el *New York Times* o la CNN, acusándolos de mentir). La predilección por los nuevos medios sociales y el constante ataque a los medios tradicionales supone un elemento más de la cuidada imagen antisistema de este tipo de grupos políticos.

### AQUÍ Y AHORA

**E**l escenario mediático descrito y la aparición de las nuevas tecnologías y redes sociales suponen un campo más que preparado para el cultivo del populismo. A su vez, la situación de crisis que se ha vivido en los últimos años aumenta el poder de estos partidos y alimenta el discurso provocador, polarizante y de urgencia que requiere este movimiento. La variedad de crisis que identifican los partidos políticos populistas (de valores, en el caso del ‘Tea-Party’ americano; de una inmigración masiva y el consiguiente desbordamiento de los servicios públicos en el caso de partidos de corte más xenófobo; la corrupción del sistema y la crisis económica,

|||||||

**El concepto de 'pueblo', además de ser poco específico, se presenta como idealizado a través de una 'patria' que es excluyente y que necesariamente deja fuera a un segmento de personas, en esa visión dicotómica que tanto caracteriza al populismo**

---

caso de partidos como Podemos o Cinque Stelle), han encontrado en esta época de crisis económica y social un fuerte enganche. Al fin y al cabo, una situación de crisis supone un caldo de cultivo muy útil a la hora de buscar culpables. Por otra parte, un escenario político complejo, con desafíos difíciles y ante los que los partidos tradicionales no ofrecen respuesta, alimenta el simplismo populista. Las soluciones de 'aquí' y 'ahora' atraen un voto cansado de oír hablar de crisis y que espera escuchar y encontrar soluciones. El culto al líder encaja también con una sociedad de consumo que favorece el culto a la 'celebrity', lo que supone un valor añadido al concepto de política mediatizada, en busca de titulares fáciles, atractivos por su capacidad para crear *shock*, centrados en el atractivo visual y que alimentan los mensajes sencillos y persuasivos. Moffitt resume esta idea en el concepto de una forma político-mediática, fruto de un escenario político y una coyuntura histórica particular.

**E**l populismo descrito hasta ahora se ha concretado en una serie de éxitos electorales en toda Europa, con los que parece acercarse al poder. Uno de cada cinco votantes europeos apoya un partido populista, según datos proporcionados por Timbro, el mencionado grupo de investigación sueco. Sin embargo, la llegada al poder de estos partidos populistas podría suponer, paradójicamente, su peor pesadilla: ¿qué ocurre cuando la antipolítica se hace política? ¿Qué sucede cuando 'el pueblo' llega a los sillones del poder? Numerosas teorías políticas, como el teorema del "votante medio" (Duncan Black, Anthony Downs) o las "teorías de la moderación" (Robert Michels) establecen la ventaja política de la moderación. Cuanto más cerca del centro se halla un partido,

mayor será el número de votantes al que podrá apelar. Así, el problema del populismo podría hallarse en su propia radicalidad. No necesariamente porque deban moderar sus posiciones políticas (la teoría del votante medio ha sido fuertemente discutida y contrasta con la evidencia empírica de que los extremos políticos logran importantes porcentajes de voto por encima de grupos políticos de centro, por ejemplo), sino por la propia naturaleza del sistema político.

Las victorias de partidos políticos populistas y su acercamiento, en porcentaje de voto, a representaciones en parlamentos de todo el mundo sitúan a esos partidos ante una disyuntiva. Para diferenciarse de la 'clase política', muchos partidos populistas recurren a modos alternativos de presentarse y de llegar a sus audiencias. De hecho, consiguen el voto popular precisamente porque son diferentes a los partidos tradicionales, las élites. Sin embargo, como bien apunta Paul Taggart, esta característica del populismo es caduca. Si obtienen el poder, estos grupos se ven forzados a adoptar estructuras políticas convencionales. Ocurrió, escribe Taggart, con Forza Italia y FPO en Austria. Su llegada al poder los obligó a ser convencionales, a actuar como lo hacía el supuesto enemigo contra el que habían sido elegidos.

**L**as herramientas de control de la mayoría de sistemas democráticos sirven, además, de lastre para las políticas radicales. El cambio o la moderación que experimentan estos partidos es doble. Por un lado, su imagen se ve suavizada, su vocabulario en el ámbito del poder, por ejemplo, se ve limitado por las herramientas institucionales; por otro lado, sus políticas más radicales se ven constreñidas por el Estado de de-

recho democrático, con su sistema de equilibrios y ajustes. Así ocurrió en Grecia, donde el populismo y la radicalidad de Syriza se vieron fuertemente limitados por el estado del país y las fuerzas exteriores, que limitaron su capacidad para actuar como había prometido.

Caben, como demuestran las victorias de Viktor Orbán y el propio Donald Trump, predicciones menos optimistas. Aunque sus triunfos no son antidemocráticos, como bien apunta Mudde, sus gobiernos son y serán profundamente antiliberales. Lo demuestran las medidas antimigratorias de Orbán, que encabeza sus políticas bajo el mantra de crear en Hungría un "nuevo estado iliberal basado en cimientos nacionales", con Rusia y China como modelos, y sus medidas para reducir el poder de instituciones estatales, con el objetivo de debilitar a sus rivales. Afortunadamente, las normas y reglas básicas del Estado de derecho se mantienen incluso en casos extremos como estos, y medidas como el veto a la entrada de inmigrantes de varios países musulmanes de Trump han topado con el poder judicial del país. Ante este escenario, Mudde exhorta a los partidos tradicionales a presentar una alternativa al populismo, y no meramente a atacarlo.

## EL FUTURO DEL POPULISMO

**U**na vez establecidas las características del nuevo populismo, cabe una interpretación y un análisis acerca de qué puede significar exactamente esta 'ola' política que ha comenzado a lograr el poder en Europa y en Estados Unidos. De hecho, las valoraciones sobre qué podemos esperar del populismo son diversas. Por un lado, están aquellos que defienden la 'democratización' de las formas que trae consigo, como Laclau, que destaca



el acercamiento al ‘pueblo’ que logra alcanzar el poder populista, frente al discurso de los grupos que califican sus maneras y formas como antedemocráticas. Hay también posiciones intermedias, como la de Moffitt, que argumentan que el populismo no es, en esencia, algo necesariamente democrático o lo contrario. Finalmente, autores como Mudde y Rovira Kaltwasser defienden los posibles efectos positivos del movimiento: el acercamiento al pueblo que supone este tipo de política es algo beneficioso y el efecto que tiene en los partidos tradicionales, también.

Después de un año en el que predicciones políticas y sondeos han fracasado estrepitosamente, establecer si los movimientos políticos populistas tienen futuro es difícil de elucidar. Gran parte de los teóricos del populismo, entre los que destacan Mudde y Rovira Kaltwasser, tienden a enfatizar los límites de este movimiento. Su carácter antisistema se desvanece una vez llegan al poder, poniendo de relieve el principal problema del populismo actual. Asimismo, su constante apelación a una situación de crisis desaparece una vez que ésta se disipa,

En esta utilización de la urgencia el discurso del miedo es vital y los partidos políticos aprovechan soluciones políticas a corto plazo para presentar una respuesta simple a los problemas de la sociedad

y el mantenimiento de un discurso de urgencia se complica con el paso del tiempo, sobre todo con períodos electorales largos, como en Europa. En muchos países europeos los partidos populistas han chocado contra un muro electoral, a veces por la propia estructura del sistema político. Así, por ejemplo, aunque Ukip llega a triunfar en las elecciones al Parlamento europeo, apenas logra un 13% en las elecciones generales británicas, donde se aplica el sistema de distritos electorales pequeños. De igual modo, la victoria de Marine Le Pen, a pesar de su indudable popularidad, no ha sido posible en el sistema electoral francés. Sin embargo, no se puede olvidar que la trascendencia de este tipo de partidos reside en la influencia que ejercen sobre otros más tradicionales, que adoptan discursos cada vez más cercanos a los de los partidos populistas (véanse los *tories* euroescépticos, o la retórica anti-inmigración que parecen adoptar algunos partidos conservadores europeos). El futuro del populismo, por lo tanto, es difícil de pronosticar. Moffitt recalca su complejidad y apuesta, más que por la pervivencia de los

partidos, por una incrementada interacción entre su discurso y el de los partidos tradicionales, que toman como suyos propuestas electorales y discursos propios de la ‘antipolítica’. La influencia del populismo, por lo tanto, queda garantizada, al menos en parte, por la absorción de sus formas de hacer y sus postulados por el propio enemigo al que ha venido a batir. Ante esta realidad, Moffitt advierte: los partidos tradicionales no deben ceder ante la tentadora, pero fatal, atracción populista. Mudde sostiene una postura similar: el populismo no es un género nuevo y por eso mismo no tiene una fecha de caducidad próxima. Las raíces del populismo moderno, pese a presentarse como una solución a la crisis actual (moral, económica, política), son más profundas de lo que puede parecer. El escenario mediático y político que presenta este nuevo milenio no ha hecho más que acrecentar su capacidad de atracción, y los partidos tradicionales, como apunta Mudde, van a tener que desplegar todo su ingenio para hacer frente a los desafíos que plantea.

#### PARA LEER MÁS:

Arbour, Brian (2014), *Candidate-Centered Campaigns. Political Messages, Winning Personalities, and Personal Appeals*, Palgrave Macmillan, Nueva York. / Glendon, Mary Ann (1999), “Rousseau and the revolt against reason”, *First Things*, nº 96, pp. 42-47. / Hofstadter, Richard (1964), “The Paranoid Style in American Politics”, *Harper’s Magazine*. / Ionescu, Ghita y Gellner, Ernest (1969), *Populism: Its Meaning and National Characteristics*, Macmillan, Nueva York. / Laclau, Ernesto (1977), *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI Editores, Madrid. / Miller, Robert (1993), “A Centennial Historiography of American Populism”, *Kansas History*, vol. 16, nº 1, pp. 54-69. / Moffitt, Benjamin (2016), *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*, Stanford University Press, Stanford CA. / Mudde, Cas (2016), “Europe’s Populist Surge: A Long Time in the Making”, *Foreign Affairs*, vol. 95, nº 6, pp. 25-30. / Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2012), “Populism and (Liberal) Democracy: a Framework for Analysis”, en Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (eds.), *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-26. / Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2017), *Populism. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford. / Taggart, Paul (2000), *Populism*, Open University Press, Buckingham. / Wattenberg, Martin P. (2002), “The Decline of Party Mobilization”, en Dalton, Russell J. y Wattenberg, Martin P. (eds.), *Parties Without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, Oxford. / Weyland, Kurt (2001), “Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics”, *Comparative Politics*, vol. 34, nº 1, pp. 1-22. / Weyland, Kurt (2003), “Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How much Affinity?”, *Third World Quarterly*, vol. 24, nº 6, pp. 1.095-1.115.